COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

Solemnidad, La Ascension del Señor

Estamos en lo que sería el séptimo domingo del tiempo pascual, pero que la Iglesia traslada a este día la solemnidad de la Ascensión del Señor. Los relatos bíblicos nos hablan que Jesús estuvo con sus discípulos 40 días después de su resurrección, y ese día subió al Cielo. El día 40 del tiempo pascual es el jueves de la sexta semana, pero por razones pastorales la Iglesia prefiere celebrar esta solemnidad en este domingo. Las lecturas propuestas son el primer capítulo del Libro de los Hechos de los Apóstoles, también el primer capítulo de la Carta a los Efesios, mientras que el evangelio se toma en este Ciclo C de San Lucas, el capítulo 24. En el salmo, que es el 46, respondemos "Dios asciende entre aclamaciones, el Señor al son de trompetas".

El Evangelista Lucas, el médico según nos cuenta el mismo San Pablo, se dio a la tarea de poner en orden los relatos que circulaban sobre Jesús, y como él mismo escribe tanto en el evangelio como en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, los relatos están dirigidos a un tal "Teofilo". La continuidad de la obra de Lucas está no sólo en que dice que es el autor y el destinatario es la misma persona, sino que los Hechos comienzan donde termina el evangelio, como se lee en la liturgia de este día de la Ascensión en el Ciclo de lecturas C. Lucas escribe, como él mismo lo dice en el prólogo del Evangelio, la primera parte de su obra, a cristianos instruidos, a gente que de alguna manera conocía los hechos de Jesús, y su idea era ordenarlos y escribirlos para que no se perdieran. Llama la atención que se dedique a una persona, Teófilo, el libro. Algunos piensan que más que una persona, ese nombre se debe entender en su etimología griega, que significaría, quien "ama a Dios", amor por Dios, o amante de Dios. En todo caso es un escrito para quien quiere conocer a Jesús. Y la liturgia nos propone el final del Evangelio y el inicio del Libro de los Hechos porque narran exactamente el mismo acontecimiento, la despedida de Jesús y su Ascensión a los Cielos, la solemnidad de hoy.

Dios, desde la antigüedad y como consecuencia del pecado de nuestros primeros padres con el que se introdujo la muerte eterna, prometió el envío de un Salvador, un Mesías. Las generaciones se fueron sucediendo y Dios envió profetas, reyes y sabios que hablaron al pueblo en nombre de él, y cuando llegó la plenitud de los tiempos envió a su Único Hijo, a quien se le puso del nombre de Jesús. Los evangelios nos narran su vida, su obra, y sobre todo su mensaje, que tiene validez perenne. Y también nos relatan su sacrificio por el que restauró la vida perdida y devolvió la gracia a la humanidad. Pero Jesús fue muy claro al hablar a sus discípulos que enviaría al Espíritu Santo después que él regresara a la casa del Padre. Lucas nos dice en los Hechos, lo leemos hoy, que Jesús se apareció durante 40 días a los apóstoles y a los discípulos, y de diversas maneras les demostró que estaba vivo y que era el mismo. Y llegó el momento de la separación, de su subida al Cielo, a los 40 días. En el evangelio se dice que levantó su brazo y los bendijo, mientras que en los Hechos se dice que mientras les hablaba se fue separando de ellos y se elevó a las alturas. El hecho es que Jesús regresó donde estaban el Padre y el Espíritu Santo, y preparó a su Iglesia naciente en los apóstoles para que

recibiera el don del Espíritu, como lo celebraremos en la solemnidad de Pentecostés.

El trozo de la Carta a los Efesios que se lee este domingo confirma el hecho que Jesús tenía que ir al Cielo para enviarnos el Espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Es la petición que hace san Pablo al escribir a los fieles de Éfeso, que Dios Padre envíe su Espíritu santo para que ilumine los ojos del corazón y se pueda comprender cuál es la esperanza a la que nos llama, y cuál es la riqueza de gloria que nos da en herencia para que seamos santos. Esa es la meta final, la de ser santos para también ir al Cielo donde nos espera Jesús con toda la Iglesia triunfante.

La Ascensión del Señor no tenemos que verla como la separación de Jesús, como su ida de este mundo. Como creyentes, que nos preparamos para recibir al Espíritu Santo en Pentecostés, la Ascensión de Jesús es el acontecimiento que le permite cumplir la promesa por la cual también nosotros vivimos, que recibiremos el Espíritu Santo para ser sus hijos y con ello, herederos del reino eterno del cielo.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)